

El paso de la laguna Estigia



Del miedo y los novísimos

(muerte, juicio, infierno y gloria)

Apenas sostenidos en el lienzo,
con el óleo como imán de lo intangible,
hay matices, difuminados y cadencias.
Sin firma, sin datar, sin señalarse...
Patinir conjura la luz en los pigmentos.
Sobre el verde y el azul mezcla blancura
y su tierra se eleva al firmamento.





Cielo y tierra se acarician los límites,
se entregan y se toman de horizonte.
Cubren su desnudo con las nubes
del tálamo sin fin, su lienzo de aire.

Trascendente tendencia,
rendición de amor evaporado
que se eleva en el calor, y sobre el fuego,
con etéreo éxtasis de agua.

Y nosotros limitados, torpemente,
diminutos, transitorios, temporales...,
tan solo distinguimos los contornos
despreciando esa unión como frontera.



Planos, recortes de horizonte,
lejanía azul e irrealidades,
fin de la tierra en azul de cielo.
Como Verdad se enmarca el Paraíso,
con luz de cristal y transparencia.



Sobre una realidad imaginaria
de vibraciones que bailan en lo oscuro,
inventamos, concebimos o recreamos.
No hay luces, ni colores, ni sonido...
Transcribimos a nuestro antojo
el mensaje de los sentidos,
pintamos cada pigmento,
y vivimos descifrando
las ondas que percibimos.



De estrecha entrada, de paso angosto,
de discreta presencia y escarpado acceso,
el Paraíso de la Virtud nunca nos llama.
Se abre más allá de la corriente,
de la natural tendencia,
del ritmo constante del dejarse ir...
No se alcanza sobre olas de abandono.
A la Fortaleza de Cristal, sin tentaciones,
sólo llega la voluntad del viento en contra.

Tras franquear las lanzas escarpadas
de rocas grises, en tierras mortales,
se camina sobre el polvo sepulcral,
final ineludible del barro humano,
y el alma encuentra su sentido
en el paseo de quietud y de templanza.



Agua, más agua y agua...
en lágrimas de presagio
de la conciencia heredada.
Un cuerpo se parte en dos
para entregarle un mundo
con una condena a muerte
y una cartilla precaria,
llena sólo de carencias,
de promesas de dolores
sobre exiguos placeres
también líquidos, de agua.
Agua, más agua y agua...

Incendia el lienzo
con pinceles de brasas
estallando en torturas
que a todos alcanzan.
Con los bordes quemados
ardiendo en las llamas
inspira los versos que,
rojo y ceniza,
en verdes y azules
nombramos Laguna
e interpretamos de agua.



El Cancerbero es la puerta
que conduce al Infierno.
Es la boca del pozo
que custodia la cueva.
Animal de tres cabezas:
pasión, indolencia y miedo.
Nos arrastra, nos pervierte
y seduce los oídos
con palabras de riquezas.
Brillan en todas sus frases
el deseo y la inconsciencia
que, joyas exuberantes,
pronto son descomunales
losas de lápida abierta.



Rojo y gris, no todo es negro
en el Reino de lo Incierto.

Los árboles nos tientan
desde sus tiernas manzanas,
bajo las sombras más frescas.
Espejos de transferencia.
De ramas al aire: búsqueda.
De hondas raíces: fuerza.
Duales, también vagamos,
entre el cielo y la tierra.

Efímeras, temporales,
las pisadas deletéreas
de las almas inmortales
a los placeres abiertas.



Ocultos, en el silencio,
remolinos de locura.
Ni fortuna, ni cobijo,
el alma navega ahora
limpia, descalza y desnuda.
En el cuerpo abandonó
falta a falta y culpa a culpa,
los moratones oscuros,
tatuaje de pasiones,
con que fue trazando el mapa
que sigue el viejo Caronte
para fijarle la ruta.



Texto: Elena Domínguez
© Miles de Textos, S.L.
www.milesdetextos.com

Joachim Patinir

Fotografía: Museo Nacional del Prado

Texto: Elena Domínguez
www.milesdetextos.com